



Sudamérica

Nro. 314

7 de abril de 2024

A propósito del conversatorio: Estadística Socioeconómica Rural ¿Las palabras designan o encubren?

Iver Mauricio Pedraza Herrera¹

Investigador del IPDRS

A propósito del conversatorio: Estadística socioeconómica rural ¿Las palabras designan o encubren?, llevado a cabo el martes 30 de abril del 2024, con la participación de las y los investigadores que están elaborando el noveno Informe Anual de Acceso a la tierra y territorio en Sudamérica, considero que se vuelve relevante analizar sobre qué entendemos por ruralidad y los criterios que se utilizan para clasificar a un territorio como tal.

La diferencia que se hace entre el área rural y la urbana es un debate que se remonta a civilizaciones antiguas como Grecia y Roma, donde empezaron a acuñarse términos como “polis”, “urbs” y “civitas” que son la base etimológica para las categorías que, actualmente, usamos para referirnos al sistema dual rural/urbano que parece haberse consolidado como un paradigma en la sociedad moderna.

Puede parecer que esta revisión histórica es innecesaria e incluso algo fuera de contexto frente a la realidad actual sudamericana, pero en mi opinión la configuración de este sistema dual rural/urbano está dado por los preceptos que se situaron y consolidaron en ese momento de la historia humana, ya que desde ese entonces se considera a las ciudades como los únicos lugares donde lo más “civilizados” pueden tomar las decisiones en representación de los demás.

Encuentro que este momento histórico llega a ser determinante para lo que entendemos por ruralidad hoy en día. La lógica productivista del desarrollo se gesta desde una visión que pone a las ciudades en el centro y al área rural como una periferia que provee bienes y servicios naturales, donde se invisibiliza la producción para autoconsumo, por ejemplo.

Podría parecer que después de tantos siglos, esta visión dual se ha superado, pero la utilización de parámetros cuantitativos como único medio de clasificación entre área rural y

¹ Iver Mauricio Pedraza Herrera es ingeniero ambiental y arquitecto. Con experiencia docente, gestión ambiental y planificación territorial. Actualmente, está cursando una maestría en Ecología Política y Alternativas al Desarrollo y es investigador del IPDRS.



urbana nos demuestra lo contrario. Como ejemplo, se puede mencionar el caso de Bolivia, donde se utiliza la cantidad de población que vive en un centro poblado para jerarquizarlo dentro del Sistema de Planificación Integral del Estado (SPIE).

Asimismo, esta visión separada entre dos polos que históricamente, han sido estudiados diferencialmente, perpetúa la mercantilización de la naturaleza en las áreas rurales, además de caer en la simplificación y estereotipación de dichas áreas con una vocación netamente agropecuaria o de producción de materia prima. Todo esto pasando por el hecho de que estos territorios son los principales escenarios de disputa frente al extractivismo y neoextractivismo.

Desde este punto de vista, la reflexión emprendida por una diversidad de investigadoras e investigadores en diez países de la región, se encausa hacia la crítica de los índices e indicadores que utiliza la estadística socioeconómica para reflejar el sostenimiento y la (re)producción de la vida en territorios rurales. Por un lado, creo que el análisis de las bases ontológicas respecto a lo que se considera progreso/desarrollo desde la perspectiva de los vivientes indígenas, campesinos, afrodescendientes y población intercultural, es imprescindible para generar nuevas categorías que reflejen lo más fielmente posible la realidad socio ecológica rural.

Por otro lado, es necesario considerar que el sistema social rural es altamente complejo y está atravesado por lo que actualmente entendemos por el desarrollo en un sistema-mundo globalizado y moderno. Esta situación podría ser a la que se refería Lefebvre, al conceptualizar a la sociedad urbana², donde deja ver que toda la sociedad está virtualmente atravesada por un paisajismo de desarrollo que nos ofrecen las grandes metrópolis.

Bajo este entendido, podría parecer razonable que los censos de población y vivienda, así como los censos agropecuarios, sean la forma más adecuada de reflejar la realidad social. Sin embargo, ¿qué pasa cuando la transparencia de estos procesos censales es cuestionable desde su diseño hasta la validación de los datos que ofrecen?

Esta pregunta toma relevancia en un escenario sudamericano donde muchos de los procesos de relevamiento de datos han sido utilizados con fines civilizatorios y hasta partidistas. Sin necesidad de recurrir a ejemplos específicos, es evidente que cuando un índice o indicador refleja una situación favorable es utilizado como propaganda, un ejemplo muy significativo de esto es el PIB. Pero, ¿realmente estos indicadores reflejan la complejidad social de territorios rurales reducidos al productivismo agropecuario?

En mi opinión, la respuesta es no. Por tomar un ejemplo cercano, el último censo de población y vivienda en Bolivia, realizado este 2024, se ha visto influenciado por una serie de campañas de algunos gobiernos locales que promovían consignas como “amo La Paz, me quedo en La Paz, me censo en La Paz”, entre otras. Desde mi perspectiva, esta acción podría interpretarse como un simple esfuerzo de asegurar escaños y recursos sin que importe realmente que está

² Lefebvre, Henri (1970). “The Urban Revolution”. Traducido por Robert Bononno (2003). Universidad de Minnesota. Minneapolis, Estados Unidos



sucedido en los territorios, ya que varias/os investigadoras/es sostienen que existe una multiterritorialidad reflejada, por ejemplo, en la ocupación de dos o más viviendas entre el área urbana y rural.

También considero que es relevante mencionar el carácter de control, cooptación e imposición que llegan a tener los procesos censales. Al no reflejar la realidad, las estadísticas socioeconómicas rurales se convierten en un instrumento de invisibilización y despojo de identidades, agravado por el hecho de que ni intentan evidenciar la superposición de interseccionalidades que atraviesan a los indígenas, campesinos, afrodescendientes e interculturales, especialmente, en la visibilidad de la contribución de las mujeres a la economía en sus diferentes escalas.

Este conversatorio ha sido esencial para cuestionarnos las bases teóricas sobre las cuales entendemos la ruralidad. Asimismo, nos permite ir sumando variables a la complejidad de los territorios rurales, y por ende propicia, un espacio de reflexión crítica respecto a los indicadores socioeconómicos actualmente utilizados.

Encaminados hacia la elaboración del nuevo Informe Anual de Acceso a la tierra y territorio en Sudamérica, nos quedan varios cuestionamientos que atender. Es necesario que reflexionemos respecto a las estadísticas socioeconómicas rurales desde una perspectiva de descolonización y despatriarcalización, además de contextualizarlas en el marco de la crisis civilizatoria multidimensional que estamos viviendo y que pone la emergencia climática en el centro de las discusiones.

Encuentro muy significativa la experiencia brasilera compartida en el conversatorio. Es crucial que la estadística socioeconómica rural se construya desde abajo, sin obviar el hecho de que el estado tiene que adoptar metodologías que superen la invisibilización de realidades interseccionales. Contar con plataformas donde se evidencian los conflictos territoriales, así como la agricultura de familiar de subsistencia y el rol de las mujeres en el sostenimiento de la vida, está siendo fundamental en Brasil para empezar a acercarse a metodologías que superen la estadística hegemónica.